

OBRAS COMPLETAS DE DON MIGUEL ANTONIO CARO

I

El tercer tomo de esta importantísima serie, que corresponde al segundo volumen de los estudios literarios del eminente crítico, que acaba de ofrecerse al público en la hermosa y elegante edición oficial hecha en la Imprenta Nacional bajo la hábil y autorizada dirección de Víctor E. Caro y Antonio Gómez Restrepo, trae a manera de prólogo o de introducción, el importantísimo estudio del señor Rafael María Merchán; conocido con el nombre de *Miguel Antonio Caro, crítico*.

Es cierto que entre los juicios literarios hechos sobre el señor Caro, uno de los más notables que hemos leído, es el que acabamos de mencionar porque está trazado después de un estudio cuidadoso de sus producciones en el estilo fácil y elegante del autor, con un conocimiento profundo no sólo de la literatura española sino de la latina, de la inglesa, de la francesa y de la italiana, y si pudiera decirse, con cariño o verdadero afecto por el escritor juzgado. El señor Merchán veía en el señor Caro un hombre de una inteligencia privilegiada, lo acataba como filólogo, y se acomodaba a sus juicios; lo consideraba como verdadero poeta, disentía de él en algunas doctrinas estéticas y en diversos preceptos didácticos, y confesaba que a pesar de esto los distintos puntos de vista teóricos no le impedían en la práctica estar conforme con él en la admiración de la belleza; que en historia no estaba de acuerdo en su método de interpretación; y en filosofía disentían completamente o como decía el señor Merchán no podían entenderse. De esta manera expresaba el literato cubano las razones que lo alejaban del juicio que el señor Caro formaba

de las ideas y del mérito de ciertos autores. Esto quiere decir que mediaba entre uno y otro una gran distancia en filosofía y en religión: el señor Merchán era libre pensador y el señor Caro esencialmente católico, y por esa razón el primero, por no usar francamente la palabra que debía dar idea del abismo que lo separaba del segundo, se limitó a terminar su notable trabajo con esta expresión:

«Al contemplarlo en los talleres de la ciencia y del arte, no puede uno contener esta exclamación egoísta: ¡Lástima que no fuera de los nuestros!»

Sí, verdaderamente, el criterio de Caro era experimental, que indaga verdades ocultas, y el de Merchán, positivista, que consagra simplemente hechos, según la expresión de Pasteur.

Así se explica que cuando el señor Caro dijo en su luminoso estudio preliminar de la traducción de las obras de Virgilio «Sante Beuve, falto de fe como hombre, carece de profundidad como crítico; revuela pero no exhibe las alas,» le hubiera parecido al señor Merchán una blasfemia literaria tratar de esa manera desdeñosa al caudillo de la crítica moderna. No pudo tampoco el señor Merchán, escéptico, convenir con el señor Caro, creyente sincero, en la doctrina expresada por éste en su artículo sobre *El Quijote*, de que «la mayor parte de las bellezas literarias que brillan en las obras maestras brotaron por sí de la pluma de los autores, sin estudio ni deliberado esfuerzo, lo mismo en lo literario que en lo moral, porque Dios, sabio y equitativo en la distribución de sus dones, rara vez, si alguna, concede al genio creador la facultad de analizar: porque el genio produce por instinto, como la naturaleza física, sin conciencia clara de lo que hace, frutos maravillosos en que la análisis científica gasta años desentrañando la riqueza, variedad y armonía de elementos cuya producción co-

lectiva fue tal vez obra de pocos días o acaso de breves momentos; y por eso mismo en las obras de la naturaleza y en las inspiraciones del genio vemos productos de un autor divino que mueve al genio y a la naturaleza y es el verdadero creador de las obras perfectas.»

Caro, investigador científico del sistema de Pasteur, a quien cita, reconocía que lo visible es sólo un velo que cubre lo invisible, y Merchán, positivista, cerraba los ojos del alma al mundo suprasensible.

Por haber sido el señor Merchán lo que pudiera haberse llamado un «escéptico» y el señor Caro un pensador sometido a la revelación divina, no podía aquél aceptar que éste dijese en su prólogo a las poesías de Núñez de Arce que el error más grave de la teoría del gran poeta español estaba en colocar en primer término entre los asuntos contemporáneos que le cautivaban, como síntesis del movimiento intelectual, y tema, cantable de preferencia, *La Duda*; porque el escepticismo no es inspiración posible ni materia digna del canto, porque tan necesaria es al poeta la fe como el sentimiento.

No se conformaba tampoco el mismo crítico con las ideas del señor Caro formuladas en la teoría estética de que la poesía y las bellas artes decaen en donde falta el elemento religioso, por ser éste el único capaz de suministrar ideales, tan admirablemente desarrollada en su famoso trabajo *Tejera y sus censores*.

En los artículos publicados con motivo de la aparición de la primera serie de los estudios literarios del señor Caro, pusimos de manifiesto, con citas textuales, que la crítica moderna sobre Virgilio confirmaba los juicios de su eminente intérprete castellano sobre la obra del dulce y sentido vate latino. Por esa razón nos limitaremos a tratar en este artículo la tesis desarrollada por el señor Caro sobre «La religión como

base de la poesía y la incredulidad como signo de decadencia» en los artículos ya citados *Tejera y sus censores*, por relacionarse directamente las doctrinas expuestas allí con las proposiciones no aceptadas por el señor Merchán y por ser también dichos artículos de los más notables del tomo tercero de las obras completas del señor Caro.

Don Felipe Tejera publicó en Caracas en 1882 un tomo de *Perfiles venezolanos* o semblanzas de cien compatriotas suyos, que fueron motivo de discusiones acaloradas y de críticas acerbas de parte de la prensa, en las que intervino, desde Nueva York, un conocidísimo poeta, quien dirigió desde las columnas de *Las Novedades* apasionadísimos desahogos contra el autor del libro que había visto la luz en la capital de Venezuela.

La intención de esta obra pareció al señor Caro patriótica y escrita en tono encomiástico y si se encontraban en ellas algunas observaciones imparciales y juiciosas, estaban exentas de hiel. No pudiendo los críticos hallar en el libro más defectos que lo reducido de los *Perfiles*, el poco espacio que en ellos se dedicaba a cada escritor y de que no apareciesen retratados en ella todos los que hubieran querido serlo, los descontentos se dieron a buscar otra clase de defectos para desfogar su furia y ensañamiento, y por eso se quejaban de que estuviesen faltos de riqueza en la forma y el fondo, en el estudio y en los detalles; de que fuese un atentado contra el buen nombre intelectual, moral y artístico de Venezuela, emitir juicios críticos contra sus escritores y que a aquellos de quienes tanto bueno y útil pudo decirse, apenas se les dedicase uno o dos párrafos, sin parar mientes en que el mismo título de la obra abonaba la de extensión de los juicios que no podían salirse de las mismas proporciones prefijadas por el autor. Y aunque todos los críticos estaban

de acuerdo en la deficiencia de la obra, tanto en la elección de las personas como en los elogios que les tributaban, se acusaba al señor Tejera de hueco, hiperbólico y ampuloso, como si éstos no fuesen defectos de casi todos los escritores venezolanos. El señor Caro al ver la futilidad de los censores, comprendió que lo que más les había disgustado, sobre todo al de las filípicas neoyorquinas, era el haberse mostrado el señor Tejera creyente, católico y adicto a esa sana doctrina estética, que lo llevaba a juzgar que la poesía vive de la fe en lo sobrenatural, que requiere el entusiasmo de la virtud y que la duda enflaquece y enerva las fuerzas vitales de la inteligencia. Aquel crítico, apellidaba al señor Tejera por sus sentimientos religiosos *fanático y torquemadista*. El señor Caro guiado por el amor a la verdad y a la justicia y por la mala voluntad que profesaba a la crítica materialista y pedantesca, que según él hacía frecuentes irrupciones en el periodismo hispanoamericano, siendo ocasión de que la juventud perdiera un tiempo precioso en absurdas y vanísimas cuestiones; sin conocer a los contendientes ni ligarlo a ellos relaciones de ningún género, se dio a la tarea de defender al acusado con tanta sevicia, desarrollando las doctrinas en que vamos en seguida a ocuparnos.

Antes de entrar en la erudita y brillante exposición de la tesis «La religión es base de la poesía,» se extiende el brioso adalid colombiano en algunas consideraciones interesantes y oportunas, con todo el atractivo que comunicaba a lo que salía de su pluma, sobre el fanatismo y los fanáticos. Principia por observar con agudeza que siempre que oía lanzar la acusación de fanatismo y torquemadismo contra algún escritor o alguna colectividad, podía asegurar que la ciega pasión o el odio insano que se atribuían al acusado no abrigan en su seno sino en el del acusador, como sucede

varias veces, se puede agregar, con el que lleva en sí mismo la causa de la atmósfera viciada que siente a su rededor. La razón que da el señor Caro en apoyo de su aguda observación es que en las sociedades modernas, en las cuales reinan unas veces la indiferencia y el egoísmo, y en ocasiones también la impiedad perseguidora, rapaz y sanguinaria, el celo religioso imprudente y extraviado, no es resabio de ellas. Hoy, después de treinta y ocho años de expresado este concepto, se patentiza mejor su confirmación.

Como ya se dijo que aunque el estilo del señor Tejera no se recomienda por la sencillez y sobriedad, manera de hacer el señor Caro una suave y atinada crítica del libro, ese defecto no es peculiar suyo sino una manera nacional que muestra alarde de galanura y lozanía de los ingenios venezolanos, que a veces raya en declamación y retumbancia: pero una inclinación literaria no explica la provocación de tales iras ni el motivo para convertir la crítica literaria en virulencia e inyectiva, lo que demuestra que la exacerbación del crítico no la provocan la aspiración a mejores formas de estilo ni lo oriental de la idea sino la idea, cristiana en sí misma, la contenida en afirmar que el sentimiento religioso en general, y en sociedades católicas el sentimiento católico, es poderoso e inevitable elemento de arte y de poesía. Pero si profesar esta doctrina, agrega el señor Caro, acarrea los dictados de fanático y ciego torquemadista, tales epítetos le alcanzarían a eminentes críticos y profundos pensadores como Macaulay, quien en su hermoso estudio sobre el Dante emite sobre el *fanatismo* ideas que dejarían atrás al fanático torquemadista y camandulero Tejera:

«El fanatismo es un mal, pero no es el peor de todos, porque bueno es que los pueblos, por un medio u otro, se sustraigan a una existencia aletargada; bueno

es que las almas aparten la atención de objetos sensuales, y la conviertan a meditar en los misterios del mundo moral e intelectual, aun cuando en este ejercicio incurran en algunos errores; bueno es que olvidando los intereses egoístas, se dediquen también a pensar en lo pasado, en lo porvenir, en lo que está distante de los sentidos. Aun las creencias más supersticiosas y absurdas han producido a las veces esos buenos resultados; pero la religión católica, aun en los tiempos de mayores persecuciones y extravagancia, no perdió nunca de vista la inspiración del Maestro supremo, cuyos preceptos forman el código más sublime de perfección moral, de la cual nos dejó el más acabado modelo en el ejemplo de su vida.»

Este hermoso párrafo de tan célebre humanista hace recordar otro más conocido de Macaulay sobre el papado, en el que, como en el transcrito ya, a pesar de su protestantismo no dejaba de reconocer la preeminencia del catolicismo sobre las demás religiones.

Cómo se justifican diariamente las ideas del poderoso pensador sobre el catolicismo, especialmente hoy, en que si no se ven aún las ruinas de la catedral de san Pablo, sí hemos presenciado que la última catástrofe europea nos ha hecho advertir que ideas, principios, teorías, moneda, todo tambalea, menos la Iglesia que hoy se ostenta en plena fuerza y con seguridad, si pudiera decirse, con más fortaleza que ayer.

II

Caro con su vastísimo saber y su profundo talento, sobre un principio conocido establece una teoría estética, y para demostrarla, con citas de autores eminentes y con razonamientos adecuados y propios levanta un edificio elevado y hermoso como los grandes artistas que construyen famosas catedrales o palacios elegantes

que por ser de estilos conocidos y apoyados en reglas de artes sabidas, no dejan de ser estimadísimas joyas artísticas. Así para defender a Tejera de los ataques de un crítico por haber dicho que conforme el corazón de un poeta descrea su numen poético decae porque ateísmo y poesía son términos que se aborrecen y excluyen, entra a demostrar que Tejera no habló así por autoridad propia ni inventó nada, sino en nombre de una doctrina hartó generalizada y seguida por ilustres pensadores antiguos y modernos, la doctrina que considera hermanas legítimas la religión y la poesía, y que el autor de los *Perfiles* no sólo está acompañado de grandes nombres que antes de él han creído lo mismo, sino que su censor ha dado golpes en falso cuando por tratar de confundir a Tejera protesta de que las creencias religiosas y las preocupaciones de escuela desaparezan cuando se trata del arte.

Caro sienta la teoría estética, profesada por grandes filósofos y practicada por verdaderos poetas, de que el arte en general y la poesía en particular, en sus condiciones esenciales o ya en las circunstancias en que se desenvuelve, siempre aparecen ligados con la religión y antes de entrar a citar autoridades en favor de esa teoría sienta este elevado y profundo principio:

«Elemento esencial del arte es la idealidad,» que no se contrapone, como algunos piensan, a la realidad («puesto que lo sobrenatural, aunque impalpable, no deja de ser una realidad»), sino al materialismo, al positivismo, al criterio limitado y rastrero que nunca se eleva a las auras superiores. Todo ideal es directo o indirectamente religioso, porque todo ideal es en sí mismo superior a la materia, y supone en quien lo concibe, una tendencia ascendente, una inspiración a lo infinito.»

Encabeza las citas en confirmación de los principios anteriores, con M. Pasteur, el ilustre genio y sabio benefactor quien en su discurso de recepción en la Academia francesa hizo una confrontación luminosa del criterio experimental que indaga verdades ocultas, y el método materialista, positivista, que consigna simplemente hechos. Son dos métodos enteramente opuestos en el punto de vista filosófico. El investigador científico reconoce implícitamente que lo visible es sólo un velo que cubre lo invisible, que la ciencia no está íntegramente con mucho en el entendimiento humano, sino en la inteligencia infinita; los secretos que se esfuerza por sacar a la naturaleza son revelaciones de la suprema sabiduría, y él vive y se alimenta de la esperanza de saber más. El positivista, por el contrario, se encoge en el círculo estrechísimo de lo conocido, y cierra adrede los ojos del alma al mundo suprasensible. La idea del «infinito» (observa Pasteur), sistemáticamente excluida por el positivismo, es estímulo latente y poderoso de toda investigación científica. De aquí se sigue que la ciencia es naturalmente religiosa, y el positivismo (aunque esto no lo entiende el crítico de Tejera, dice el señor Caro), es esencialmente ateo.

Así como la hipótesis de lo «infinito» es factor, y factor religioso del método científico, la aspiración a lo infinito es base de las creaciones poéticas, y base de carácter religioso aún más pronunciado, porque la poesía no es mera especulación mental, sino culto de lo bello... Antes de que el ilustre sabio francés explicara la esencia del método científico, ya Newton se había comparado con el niño que juega con conchillas en la playa teniendo delante un mar inmenso; y Shakespeare había dado la fórmula de los métodos científico y poético, cuando dijo que «hay en la tierra y en el cielo muchas más cosas de lo que puede soñar la filosofía.»

Continúa el señor Caro citando autores famosos, como el químico Liebig cuando observa que la mayor parte de los descubrimientos científicos, más bien que producto de una fábrica de razonamientos, han sido fruto de una especie de adivinación o feliz inspiración, como la de las creaciones poéticas. Y así acumulando citas y alternándolas con profundos razonamientos propios, aduce lo que dicen testigos de la mayor excepción como Aristóteles, Goethe, Humboldt, Lamartine, Cántú, Max Müller, Macaulay, etc., para demostrar con saciedad la teoría de que la religión es la base de la poesía.

Y como el censor de Tejera lo acusase también de haber blasfemado contra la «sublime, grandiosa y trascendental poesía alemana,» Caro presenta la autoridad de Núñez de Arce, a quien sí reconocía el primero por «esclarecido vate,» como responsable de la idea de que mal podían conmovér a una raza como la española «esos suspirillos líricos de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados etc.»

No niega el señor Caro que haya habido poetas incrédulos, pero él los considera como casos accidentales, excepcionales, que no constituyen regla, como hay personas que viven largos años con penosas enfermedades crónicas, sin que éstas puedan llegar a considerarse como verdadero estado fisiológico. Shelly y Byron fueron poetas, pero no se puede recomendar la conducta de los que por asemejarse a Byron, como dice Macaulay, pasaban horas enteras delante del espejo contrayendo los labios y arrugando las cejas al tenor de su modelo. Mil veces desgraciado quien extraviado por algún caso particular, pretenda realizar en sí mismo la monstruosa asociación del genio poético, que vuela hacia el cielo, con la torpeza de corazón que niega a Dios.

De la misma manera, el señor Caro para demostrar que la apostasía implica decadencia, invoca principios, sienta premisas y aduce la opinión de respetables escritores para autorizar las suyas.

Cuando él dice que la descreencia indica decadencia, no quiere sugerir la idea de que el más vivo y duro sentimiento religioso, aunque fecundo en acciones bellas baste por sí sólo para producir bellezas poéticas, porque se concibe que una persona por más que esté dotada de las facultades de sentir lo bueno y obrar el bien no tenga en igual grado el poder de expresión. Pero también es cierto que si los asuntos no son la poesía, los temas altos y nobles ayudan al poeta. Con estas premisas y otras que no se citan por no hacer más extenso este artículo, sienta esta hermosa teoría:

«El talento poético y el sentimiento religioso son cosas distintas, pero no independientes, ni tan separables, que deje el primero de padecer graves perturbaciones, y aun de degradarse y extinguirse cuando falta la luz de la fe y el calor de los nobles y puros afectos que alimenta la piedad. Las pasiones y los vicios enronquecen y apagan el timbre de la voz; y la descreencia y la apostasía roban al canto del poeta las vibraciones gratisimas que salen de un corazón creyente, no agostado por la duda.»

Después de citar al profundo pensador Joubert, quien dice que la alta poesía es piadosa y casta por esencia y aun puede añadirse que por posición y que quien no ha sido jamás piadoso nunca llegará a ser poeta, menciona a Voltaire, considerado por algunos como poeta eminente, para examinar si no fue demasiado rotundo el juicio del célebre crítico francés. El mismo autor dice que Voltaire pasó sus primeros años dominado por impresiones religiosas y cuando tomó el

camino de la apostasía, jamás acertó a ser poeta; y el señor Caro agrega que a su mordacidad satírica no cuadra el nombre divino de poeta, que las odas que escribió adolecen de lamentable prosaísmo y ni una sola ha merecido el recuerdo de la posteridad; y al hablar de él como poeta dramático, dice Menéndez y Pe-layo, «se creía poeta y no percibía ni un átomo de la belleza de las Escrituras y parece que Dios en castigo de que pretendía parodiar las sublimes visiones de Ezequiel, lo hirió de radical impotencia para toda poesía noble y alta. Su obra maestra, continúa el gran crítico español, es la *Zaira*, donde la inspiración cristiana y poética levanta a veces extraordinariamente al poeta y le hace lograr bellezas de alta ley a despecho de su escepticismo, como si Dios se hubiera complacido en hacerlo poeta por excepción, la única vez que buscaba inspiración por buen camino.»

En cuanto a Víctor Hugo, este moderno monstruo de la naturaleza y fénix de los ingenios franceses, a quien la caterva materialista proclama por suyo, el distinguido escritor católico F. Grandelieu dice: «Víctor Hugo viene de otra época y de otra parte, *nosotros* le produjimos. Del poeta maravilloso de las *Odas y baladas* y de las *Hojas de otoño* no os pertenece a *vosotros* sino la escoria y las chocheces; *nosotros* guardamos el oro radioso de su juventud y las obras todas en que se funda su gloria.»

(Concluirá)

JUAN A. ZULETA

REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFÍA.—CIENCIAS.
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador señor doctor LUIS ENRIQUE FORERO, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

DE VENTA

Historias y Cuentos

para los estudiantes del Colegio del Rosario, por R. M. C., colegial de número, a ochenta centavos oro el ejemplar empastado. Hállase en la *Librería del Mensajero*.

Lecciones de Metafísica y Ética

dictadas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

POR

Rafael María Carrasquilla

segunda edición, corregida y ampliada.

DE VENTA

en la *Librería Colombiana*, a dos pesos oro el ejemplar empastado.

A los pedidos de fuera agréguese un diez por ciento para portes recomendados de correo.

DEL MISMO AUTOR

Sermones y discursos escogidos

En la *Librería Americana*, a un peso sesenta centavos oro el ejemplar empastado.